

CAPITULO III.

Un rompimiento.

Estamos en una espaciosa y elegante sala: magníficos espejos de cuerpo entero, colocados sobre lujosas consolas de caoba de exquisitas labores, se ven simétricamente repartidos: ricos sofás de damasco de seda encarnado con flores blancas y cómodas butacas de lo mismo, haciendo juego con sillas vestidas de igual manera, resaltaban junto á las vistosas paredes pintadas de oro y azul: exquisitas cortinas de gró punzó entrelazadas con otras de muselina blanca, velaban las puertas vidrieras de los balcones y de las piezas que comunicaban con la

sala: un piano excelente de cola con elegantes encrustaciones de oro y plata, ocupaba el espacio que mediaba entre los dos balcones de la pieza: una lujosa araña de bruñido cristal de doce luces, pendía de un cielo raso, pintado con maestría y gusto: una alfombra turca verde, con graciosos dibujos de matizados colores, cubria el terso pavimento: elegantes rinconeras, ostentando costosos floreros de hechuras primorosas, vestían los ángulos: un brillante reloj de primorosa construcción, colocado sobre una mesa redonda en medio de la estancia, rodeado de mil caprichosas figuras de porcelana, marcaba las horas, asomando al hacerlo, un pajarillo autómeta que cantaba y agitaba sus pintadas alitas, ocultándose luego dentro del reloj; y sobresalientes cuadros de un mérito notable, representando los mas sublimes pasajes de la Biblia, completaban el regio adorno de aquella sala.

Las últimas vibraciones del piano espiraban dulcemente en el espacio, heridas las teclas por la delicada presión de los nevados dedos de una hermosa jóven de tornea-

da mano, de apacible rostro y celestial mirada.

--¡Admirablemente! Nunca has tocado con mas sentimiento y expresion.

Dijo una señora que estaba arrellanada en su butaca y haciéndose aire con un rico abanico que cerraba con maravillosa rapidez.

--¿Le ha parecido á vd. mejor que otras veces?

--Siempre estás admirable; pero ahora has estado sublime.

--¿No será debido ese parecer mas que á mi mérito, á la benevolencia de vd. que va en aumento cada dia?

--No puede aumentarse lo infinito, hermosa mia. Por lo mismo no es el aumento de cariño que siempre ha sido y será inmenso hácia tí, sino el delicado sentimiento con que has tocado, quien ha dictado mi elogio.

--Pues en lo sucesivo trataré de interpretar de la misma manera los pensamientos del autor, solo porque vd. disfrute del placer que ha sentido en este instante.

--¡Eres muy buena para mí!

--¿No debo serlo acaso?—Dijo la hermosa dejando el piano y sentándose en el sofá, junto á la butaca de su interlocutora, á quien estrechó con indecible cariño la mano.—¿No es vd. la única amiga que tengo en el mundo? ¿No es vd. la que comprende mi corazon, se identifica con mis sentimientos y me presta su amoroso apoyo en mis penas y desgracias?

--¡Sí, sí....!—exclamó enternecida la interrogada, imprimiendo un ósculo en la serena frente de la jóven.—Todo lo soy para tí; para tí sola que eres un ángel....! Sí, sí; ¡soy tu amiga, tu hermana, tu madre....!

--Sí, mi madre; porque solo una madre tierna y cariñosa pudiera amarme con la pasion que vd. me ama.

--Tienes razon.

Exclamó visiblemente conmovida la señora de la butaca.

--Si vd. se hubiese unido á un hombre, ¡cuán felices hubieran sido sus amados hijos....!

--¡Casada....! ¡casada....!--Interrum-

pió sin poder contener las lágrimas que se asomaron á sus ojos.—Pero no lo he sido, hija mia.... no lo he sido nunca....!

Y quedó tristemente abatida.

—¿Nunca ha encontrado vd. un hombre digno de su amor?

—¡Un hombre....!

—¡Ah! ¡madre mia! ¿ha sido vd. tambien desgraciada?

—¿Y quién no lo es en el mundo, hija mia....? Con el universo nació la desgracia que aflige á la humanidad. El mundo que ahora se presenta deslumbrante á tus ojos, no es mas que la reunion de novecientos millones de desgraciados que gimen acosados de distintas necesidades que emponzoñan la existencia de la miserable descendencia de Adan!

—Luego ¿ha amado vd?

—Sí, hija mia; he amado, y he amado con toda la pasion con que amamos las mujeres.

—Y fué vd. amada sin duda, ¿no es verdad?

—¡Sí! como pocas lo son en la tierra.

—Y sin embargo no se unió vd. al hombre que amaba!

Exclamó Clotilde tristemente, viendo que, á pesar del amor que se consagraban ella y su amante, el destino podria separarles.

—Comprendo lo que pasa en tu corazon, hija mia; pero á tí no te amenaza la desgracia que se complació en desgarrar mi pecho.

—¡Ah....! ¿por qué no me confia vd. sus penas, madre mia....?

—Porque es un secreto que nadie hasta ahora conoce mas que yo.

—Nadie conocia tampoco el mio, y sin embargo, no me pesa de habérselo á vd. confiado, porque desde entonces soy feliz.

—Sí, sí, tienes razon; las penas comunicadas desahogan el corazon.

—Deposítelas vd., pues, en el mio, madre adorada, para que se dulcifiquen.

—El amor, hija mia, es un génio violento que halaga martirizando la mejor edad de la vida. Tú lo conoces bien, porque te hallas en esa edad; yo tambien me encontré

en ella, y por eso conozco los terribles efectos de su despótico señorío. Amé y fui amada como tú lo eres: soñé en un mundo de delicias que me brindaba el amor: acaricié en mi mente la seductora idea de una felicidad sin guarismo, de una vida de glorias sin término; pero todo ello no fué mas que un sueño que tenia que pasar ligero, como pasan todos los bienes de la tierra,

—¡Qué triste debe ser eso, madre mia!

—¡Muy triste, sí; muy triste! Mi amante era militar; habia sostenido con calor al gobierno de Victoria hasta 1828, en que se retiró horrorizado por los tristes acontecimientos y saqueo del Parian, y por no estar de acuerdo con las ideas del general Guerrero, que sucedió en la presidencia en 1829 al general Victoria. Los partidarios del nuevo presidente, temiendo que mi amante conspirara, trataron de desterrarle del país, y desde entonces empezó el largo período de mis penas. Ricardo venia á verme de noche, disfrazado y con mil precauciones para no ser descubierto; yo le recibia con amor, temor y sobresalto: cada vez que nos veía-

mos, renovábamos los juramentos de ser el uno para el otro.... Una noche, poco antes de despedirnos, oimos ruido extraño en la calle; asomo con sigilo la cabeza por el balcon, y veo que un oficial daba órdenes de cercar la casa á una patrulla de soldados, porque un espía habia asegurado haber visto entrar á Ricardo en la casa.

—¡Qué desgracia!

—Al oír esta noticia, no me detuve un instante; informé á mi amante del peligro que le amenazaba; le conduje por un pasillo secreto hasta la puerta del jardin, y abriendo ésta y saltando la tapia, pudo burlar la vigilancia de los que le perseguian.

—¿Y luego?

—Viendo que el gobierno trataba de apresarle á todo trance, huyó de la capital, y no he vuelto á saber mas de él.

—¡Dios mio!

—¡Sin duda le debieron descubrir y asesinarle!

—¡Lo cree vd. así?

—¡Cómo era posible, de lo contrario, que no me hubiese escrito amándome como me

amaba? Su fuga sirvió de apoyo á las acusaciones de sus enemigos, y sus bienes le fueron confiscados.

—¿Y hace mucho de eso, madre mia?

—¿No te he dicho ya que tuvo lugar mi desgracia en el año de 1829?

—Es decir, hace diez y seis años.

—¡Sí: hace diez y seis años....!

Contestó con tristeza Inés.

—El mismo tiempo que tengo yo de adad: ¡qué casualidad!

—Sí, hija mia; el mismo tiempo que tienes tú, que eres mi bien sobre la tierra.

Exclamó abrazándola, y profundamente conmovida.

Un criado se presentó á interrumpir el diálogo, anunciando la llegada de un caballero, cuyo nombre dijo.

—Dile que pase.

Dijo la que ocupaba la butaca.

—Permítame vd. que me retire, madre mia.

—¿No quieres quedarte?

—Ya es tarde, y quisiera irme preparando para asistir al baile.

—Dices bien; marcha á engalanarte, hija mia.

La jóven colocó sus labios en la frente de aquella bondadosa mujer, y se retiró á su cuarto.

En aquel instante se presentó en la sala un hombre vestido ricamente, pero sin gusto: su ropa, aunque de exquisito paño y cortada á la moda, carecía de gracia y elegancia, sin duda porque no sabia dárselas quien sin naturalidad ninguna la llevaba.

La fisonomía de este personaje no era fea; pero habia en ella cierta dureza, cierta aspereza en sus facciones y un no sé qué de duro y de vulgar en toda su persona, que predisponia á que se le mirase con desagrado. Largos cabellos rubios que tiraban á rojo, velaban su cabeza enteramente redonda: su boca grande y de encendidos labios dejaban ver una dentadura limpia, pero separada: su frente era despejada, pero velada por una sombra desagradable que imprimia á su rostro un ceño imponente y adusto: su nariz alzada dejaba ver dos anchas ventanas que respiraban con fuerza: sus

ojos eran azules y vivos, pero carecian de gracia y de dulzura: su cuerpo era fornido, pero sin flexibilidad, ancho de espaldas y elevado de hombros: calzaba lujosas botas de lustroso charol, que perdian su mérito por la anchura desmedida del pié que cubrian: un rico alfiler de diamantes, pero charro y de mas valor que gusto, ostentaba en el pecho de la camisa, y una gruesa y larga cadena de oro cruzando por encima de su chaleco de terciopelo carmesí con flores negras, completaban el traje de nuestro personaje.

Nada habia en él de noble ni de elegante que revelara en un solo movimiento, en la simple manera de presentarse, al hombre de fina educacion.

Su aire era duro y forzado, que denunciaba al hombre que ha sabido hacer fortuna, pero no ser elegante.

Le faltaba ese delicado barniz que solo dan la cuna y la fina educacion que se recibe en la niñez.

En vano tratará el fuerte marinero de dar á sus manos la suavidad de un cutis delica-

do: el jabon podrá prestarles mas limpieza, mas brillo, pero nunca podrá ocultar los recios callos contraidos en su larga carrera.

Inútilmente el hombre de descuidada educacion que ha crecido con bruscas maneras tratará de confundirse con la gente de la alta sociedad: podrá cambiar de traje; llevar en vez de la chaqueta de paño burdo el rico frac y el pantalon bien cortado; pero no podrá ocultar los movimientos duros y forzados, los toscos modales en que creció, y que son los pronunciados callos que denuncian su nacimiento ante la sociedad escogida.

No es esto criticar ni al marinero porque se jabone con frecuencia las manos, ni al hombre que habiendo hecho fortuna honradamente se presente bien. No; eso es muy loable, muy honroso, muy digno. Mi intento no es otro que demostrar, que la ropa no puede ocultar la educacion: que ésta resalta sobre el traje cuanto mas lujoso sea, como resalta en el fondo de un estanque un objeto cuanto mas cristalina y brillante se conserva el agua; y que un movimiento cualquiera, denuncia en el acto

tanto al ser bien nacido á quien la desgracia le ha envuelto en asquerosos harapos, como al hombre de baja cuna, á quien la fortuna le ha proporcionado ricos vestidos y lujosas carrozas.

—A los piés de vd., señorita.

Dijo el recién llegado haciendo una cortesía respetuosa, pero poco elegante.

—¿Vd. á ésta hora por aquí, señor Duval?

—En efecto es extraño, porque de noche siempre tengo grandes ocupaciones.

—Luego debo creerme muy favorecida cuando las descuida vd. por honrarme con su agradable visita.

—Grande es, en efecto, el aprecio que vd. me merece; pero me veo precisado á confesar que en este momento me trae un asunto menos galante, por lo cual solicito su indulgencia.

—Sírvasse vd. tomar asiento y decirme con franqueza el asunto que le conduce.

Duval tomó asiento enfrente á Inés; cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, acto poco urbano entre personas de respeto, y mucho mas entre señoras, y le dijo.

—Usted sabe que amo á su recomendable hija, y que, aunque sin mérito para alcanzarla, solicito su mano.

—Sí señor: mi hermano ha tenido la bondad de informarme de la honra que vd. quiere dispensarnos.

—Bien: de esa manera sabrá vd. que cuento con el beneplácito de D. Emilio.

—Nada me ha ocultado que tenga relación con ese asunto.

—Ahora, pues, quisiera saber si tengo también la dicha de contar con la voluntad de vd.

—Para responder á esa pregunta, permítame vd. que me tome la libertad de hacerle otra.

—¿Cuál?

—Vd. cuenta con el asentimiento de mi hermano, sospecha vd. contar con el mio, pero ¿cuenta vd. ya con el de Clotilde?

—Si alcanzo la dicha de obtener el poderoso apoyo de vd., cuya menor insinuación es una orden agradable para quien no tiene mas satisfacción que complacerla, mi felicidad es segura.

—Cuente vd. con ella en el acto.

—¿De veras?

Exclamó Duval lleno de júbilo, no dudando ya del triunfo sobre su rival, y haciendo tronar los huesos de los dedos, dejando entrever por segunda vez con este acto grotesco, los toscos hilos de su poca esmerada educacion.

—Mas con una condicion.

—Ponga vd. la que guste.

—Pero antes, prométame vd. respetarla, por ridícula que á vd. le parezca.

—Lo prometo.

—¿Bajo su palabra de honor?

—Bajo mi palabra de honor.

—Admitido.

—¿Cuál es esa condicion?

—Que me traiga vd. el consentimiento de mi hija.

—Señorita....

Exclamó sorprendido Duval.

—Solo con esa condicion.

—Pero si ella, llevada de sus pocos años, y desconociendo sus intereses, no pensase

con el juicio que requiere asunto tan delicado?

—No es muy lisonjero para mí el concepto que se ha formado de la educacion que de mí ha recibido Clotilde.

—Yo no he pretendido decir tal cosa.

—Pero sin pretenderlo lo ha dicho vd., aunque en otros términos.

—Mas aun cuando así fuera, eso no seria ofender a vd. en lo mas mínimo. No en todos los terrenos fructifica con el mismo vigor, ni en el mismo tiempo, la buena semilla, aunque la tierra encierre su gérmen.

—Conozco perfectamente, señor Duval, el corazon en que he sembrado los sentimientos generosos, las virtudes y los deberes para con los padres y la sociedad, y respondo de que resolverá lo mas justo y conveniente.

—¿Y si me dá una negativa?

—Entonces, tengo el sentimiento de decirle, que nada podré hacer por vd.

—Señorita, veo que es preciso que me explique con franqueza y sin rodeos.

—Hable vd. sin temor.

—No creo conveniente dirijirme primero á Clotilde, porque estoy firmemente persuadido de una repulsa.

—¡Una repulsa! ¿y por qué?

—Porque ama á otro.

—¿A otro?

—Estoy seguro de ello.

—Siendo así, ¿cómo quiere vd. que yo disponga de su corazon, que ella ha entregado ya á otro?

Duval se admiró de la imperturbabilidad con que habia sido escuchada aquella revelacion conque él creyó alarmar el corazon de Inés.

¿Qué debia, pues, creer de aquella fria indiferencia?

¿Era que miraba con descuido el porvenir de Clotilde, ó era estudiado disimulo para desarmarle á él?

De lo primero era imposible que se persuadiera: le era demasiado conocido el excesivo cariño que profesaba á su hija adoptiva: lo segundo, pues, era consecuencia forzosa.

Convencido de esta verdad, y resuelto

por lo mismo á vencer á todo trance á su rival, exclamó.

—No intento, señorita, que vd. disponga de su corazon para dárselo á otro, sino que vigile vd. sobre él, para que no lo entregue á uno indigno de poseer tan celestial tesoro.

—Estoy tranquila. La eleccion de Clotilde no puede desdecir de la educacion que ha recibido.

—Y sin embargo, el hombre á quien ama ha heredado un negro borron de su familia.

Exclamó con intencion, y marcando las palabras, Duval.

—¿Está vd. seguro de ello?

Dijo con calma imperturbable Inés.

—Segurísimo.

—¿Sabe vd. el nombre de ese favorecido amante?

—Leopoldo Cabrera: el hijo del hombre que, abusando de la confianza de vuestro hermano cobró una cantidad de veinte mil duros que luego negó, diciendo que le habian sido robadas las libranzas.

—Y tal vez no mentia.

—¡Cómo!.... ¿se atreveria vd. á defenderle?

—Estoy mas inclinada á eso que á condenarle.

Duval se mordió los labios.

—Señorita—dijo con acento desagradable—eso es llevar hasta la exageracion la indulgencia y la bondad.

—Ademas, suponiendo, sin conceder, que fuese cierto que el padre se habia apoderado de esa cantidad, ¿seria justo que su hijo, siendo honrado cómo es, pagase el delito del primero?

—Un robo de esa naturaleza, un abuso de confianza cometido por el jefe de la casa, alcanza á todos los individuos de la familia.

—Y sin embargo, aquel robo—contestó Inés cansada de la tenacidad de su interlocutor—es de menos importancia para nosotros, que el que vd. nos ha hecho.

—¡Yo....!

Exclamó desconcertado con aquella inesperada acusacion Duval.

—Sin duda alguna:—agregó sonriendo la hermosa:—porque aquel, sea quien fuere

el que lo cometió, fué un robo de dinero, en tanto que vd., señor Duval, nos ha robado el sosiego de mi hermano, en cuyo pecho va adquiriendo mayor fuerza cada dia la funesta pasion al juego que vd. le ha infundido.

—El juego, señorita, no es un crimen.

—No; pero es el vehículo seguro que nos conduce á él insensiblemente.

—Veo que me juzga vd. con excesiva severidad, cuando yo venia buscando su poderoso apoyo.

—Siento que califique vd. de severidad lo que no es mas que justo homenaje tributado á la verdad de que soy apasionada.

—Bien; no trato de discutir con vd. de la mas ó menos propiedad de las palabras; pero sí me veo precisado á decir á vd., en defensa del cargo que me ha hecho vd., que el juego no le ha correspondido hasta hoy con la ingratitud que el desleal amigo que abusó de su confianza.

—Será así, y por lo mismo no quiero insistir mas sobre este punto. El juego le habrá sido tan fiel como vd. quiera; el amigo,

el mas ingrato de los hombres; pero suplico á vd. que me responda con ingenuidad á lo que voy á preguntarle.

—Puede vd. contar con ella.

—Bien: ¿Cree vd. que Leopoldo es honrado?

—En tal concepto le tengo.

—¿Cree vd. que es un artista distinguido?

—Tengo que participar de la opinion general.

—¿Cree vd. que su talento y su pincel le proporcionan una renta no despreciable para facilitar á la jóven con quien se una, las comodidades que hacen agradable el matrimonio?

—No pongo duda en ello.

—¿Cree vd. que los círculos mas elevados se desdennan en recibirle?

—Veo, por el contrario, que todos se complacen en contarle entre sus sócios.

—Pues si hay en él honradez, que es la garantía de una vida tranquila; si le adorna un talento despejado, rico patrimonio que solo se acaba con la muerte; si la sociedad le cede en sus círculos un lugar preferente;

y si, por último, reúne una figura interesante y modales distinguidos, ¿qué madre, si es prudente y cariñosa, podrá negarle la mano de su hija, cuya felicidad es consecuente?

—Pero todo eso, señorita, no borra la mancha que echó su padre sobre toda su familia: las faltas en la honra se heredan, como hereda la raza humana el pecado de Adán.

—Pues bien, ese pecado se quita con el bautismo: ¿no seria facil quitar el de Leopoldo con nuestra caridad?

En el semblante de Duval se pintó un gesto de sorpresa y de indignacion.

—Pero vd. debe buscar para su hija—dijo disimulando su disgusto—un hombre que no le haga descender de la alta posicion que ocupa, y el jóven de quien acabamos de hablar no cuenta con un capital suficiente para atender al lujo de que es merecedora Clotilde.

—¿Cree vd. que en la riqueza estriba felicidad?

—Por lo menos es un agente poderoso para proporcionarla.

—Pues bien; á mi hermano y á mí nos sobran bienes de fortuna; Clotilde es nuestra heredera única, y nada puede codiciar.

—Señorita—dijo Duval en tono duro y levantándose de su asiento—vd. olvida que D. Emilio no participa, por fortuna, de las romanescas ideas de vd., y que cuento con su apoyo.

—¿La súplica la ha convertido vd. en amenaza?—Exclamó á su vez Inés revistiéndose de un aire resuelto y severo.—Pues bien, señor Duval, si mi hermano tiene la debilidad de favorecer á vd. en una causa injusta; si mi hermano, despues de escucharle, insiste, que no lo espero, en dar la mano de su hija al hombre á quien no ama, y si vd., en fin, cuenta con el firme apoyo de él, Clotilde cuenta desde ahora con el mio. Vd. introduce la guerra doméstica en esta familia que hasta conocerle vivia dichosa y tranquila, y Clotilde, oígalo vd. bien, Clotilde jamas será, mientras yo viva, la esposa del que no ha sabido respetarme.

—Cualquiera diria al oír á vd.—replicó Duval con risa maliciosa y estudiada—que esa jóven le debe á vd. mas que la educacion y los cuidados.

—¿Cómo!

—Sí:—repuso clavando los ojos en el rostro de Inés para ver el efecto que producian sus palabras—cualquiera diria que le debe á vd. la vida.

Inés se puso encendida como la grana.

—¿Habré acertado?....—dijo para sí Duval:—¿será en efecto lo que tantas veces he sospechado contra el parecer de la generalidad?.... ¡Ah! entonces mi triunfo seria seguro.

—Caballero—dijo Inés recobrándose un poco de su sorpresa;—siento decirle á vd. que desconoce por completo los deberes y consideraciones que son debidas á las señoras, cuando se ha tomado vd. la libertad de aventurar palabras que nunca esperé escuchar de labios de ningun hombre.

—Vamos—pensó Duval interiormente;—se dá por ofendida; buena señal; no hay du-

da.—Y luego agregó en alta voz.—Señorita, mi intencion no era otra que decir....

—No quiero saber cuál fué la intencion de vd., señor Duval:—le interrumpió Inés sin dejarle acabar.—Lo que deseo es que tenga vd. la bondad de ahorrarme la pena de sostener una conversacion que ni á vd. ni á mí nos puede ser de provecho alguno.

—Comprendo, señorita; voy á complacer á vd.—Duval tomó el sombrero que habia dejado al entrar sobre una silla, y añadió haciendo una inclinacion respetuosa.—Adios, señorita.

—Adios.

Dijo Inés con sequedad.

Duval salió con aire de triunfo; y la hermosa, al verse sola, dejó caer tristemente la cabeza sobre el lado derecho del respaldo de la butaca.

Aquella entrevista le habia llenado de amargura.

Vió en el novio que su hermano destinaba á Clotilde, un hombre sin educacion, de altanero carácter, de corazon vengativo y de conducta muy poco ceñida á la moral.

Sobre todo, las últimas palabras sonaban en su oido con fatídica vibracion.

—Ese hombre—dijo—ha sospechado lo que hasta ahora ni mi hermano mismo se ha atrevido á suponer. ¡Ah! si por vengarse de la oposicion que en mí ha encontrado, divulga esa funesta idea que empañaria mi honra y me presentaria á los ojos del mundo como una mujer indigna del distinguido aprecio y respeto que hasta hoy se la ha dispensado, ¡ah! entonces no sé qué seria de mí: en vano trataria de vindicarme: las palabras que rebajan el mérito de aquellos cuyas virtudes se han preconizado y con las que se creen humillados los que carecen de nobles sentimientos, hallan eco entre los que, careciendo de ideas elevadas, creen justificar sus defectos y debilidades, presentando á todas las personas, dominadas de las mismas debilidades y defectos. Si, ese hombre es capaz de todo; lo he conocido en su aire insultante y orgulloso. ¡Dios mio, Dios mio, qué vergüenza si se realizan mis temores!....

Y la infeliz se escondió el rostro entre

las manos, abrumada con el peso de aquellas tristes reflexiones.

Duval, entetanto, se dirijia á su casa dominado por ideas de venganza.

—Sí; —pensaba en su mente:—La turbacion que noté en su rostro; el subido carmin de la vergüenza que se asomó á sus mejillas; su idéntica semejanza con Clotilde, y el excesivo cariño que le dispensa, todo me hace creer que, en efecto, bajo el modesto título de protectora, se esconde la verdadera madre. ¡Ah...! yo indagaré con empeño; y si, como sospecho, es la que le dió la vida, no puedo dudar del triunfo. Entonces volveré á presentarme á ella; le diré que sé su secreto, y le amenazaré con publicarlo si aun insiste en negarme la mano de Clotilde. Sí; mi plan es infalible. Inés no querrá perder en un solo dia la reputacion de virtuosa que disfruta en la sociedad, y accederá, estoy seguro, á mi deseo. Pero si mi sospecha carece de fundamento; si el resultado de mis investigaciones es contrario á mis intentos, entonces me queda otro camino, aunque mas peligroso: la muerte de

Leopoldo: ¿cómo? No lo sé; pero no faltará medio para llevarla á cabo sin comprometerme. Las revoluciones en que se agita el país, presentan medios seguros de ejecucion para satisfacer venganzas personales.

Y acariciando ambas ideas, entró en su casa, llena en aquel momento de gente que estaba ocupada al rededor de una mesa en poner al azar de una carta el producto de sus trabajos y de sus ahorros.